

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 11 de Marzo de 1897

Núm. 329



Manuel Fernández Caballero



Tenorio II

—¿Qué vocación es la tuya Gonzalito?... ¿qué piensas ser? ¿abogado, ingeniero, comerciante, militar?

Cada vez que los cariñosos padres dirigían esta pregunta al único retoño que el cielo les concediera, contestaba el chico con mucha desenvoltura:

—Quiero ser un Tenorio.

—Pero eso no es una carrera; no es más que un pasatiempo—observaba riendo el padre, en tanto que la mamá afectaba escandalizarse.

—Quiero ser un Tenorio—repetía el futuro conquistador con noble entereza.

—¡Habrás visto!... ¡pillete, desvergonzado!—exclamaba doña Gumersinda fingiendo enfado, pero en el fondo encantada de aquella instintiva precocidad amorosa que consideraba muy natural dada la gallardía de Gonzalito y la caída seductora de sus ojos negros.

—No seas bobo—replicaba á su vez don Antonio, no menos hechizado en su fuero interno de tener un hijo que fuera su propio retrato.

Porque don Antonio había sido en su juventud y en su edad madura un seductor temible, á lo que aseguraban las crónicas de salones.

—Ese chico será como yo...—decía en voz baja.

Y doña Gumersinda, que como pava no dejaba nada que desear, y fundaba su gloria más legítima en haberle sabido encadenar con sus patacones y sus gracias personales (éstas muy inferiores á aquéllos), murmuraba pellizcando el brazo de su cónyuge:

—De tal palo tal astilla... buen espejo tiene en que mirarse ese bribonazo.

*
*
*

Gonzalito fué cumpliendo sus propósitos desde su primera adolescencia, con un empuje y una perseverancia verdaderamente admirables. Empezó por enamorar al servicio doméstico, y no hubo ya cocinera ni doncella que se viese libre de sus declaraciones y atrevimientos. Hasta la misma portera, matrona respetable, fué víctima de sus ataques, y el portero, ex-miliciano progresista, abrigó durante tres semanas vehementes sospechas acerca de la fidelidad de su mujer, sospechas que por fortuna no pudo jamás poner en claro. De esta suerte hacía el joven sus primeras armas y preparábase para lances de más empeño y empresas de más alto vuelo.

Cuando su bozo sombreaba ya pronunciadamente el labio superior, dedicó el joven sus esfuerzos al ramo de costureras y señoras callejeras. Tenía un ángel especial para embestir en la vía pública á las hembras jóvenes ó maduras, de pañolito ó de mantilla, y dirigirlas requiebros almibarados, que á las pocas de cambio tornábanse en declaraciones fulminantes seguidas de insinuaciones osadas. Testimonios dignos de crédito permiten

asegurar que en aquella etapa de su gloriosa existencia obtuvo el joven burlador envidiables triunfos.

* * *

Más tarde, trocado ya el suave bozo por sendo bigote de afiladas guías, convertida la crisálida en mariposa y reemplazado el adolescente por el hombre en plena virilidad, extendió naturalmente don Gonzalo el campo de sus conquistas, siempre con creciente éxito.

Dióse á la vida de salón, terreno fertilísimo para los Tenorios de su rango, y su audacia adquirió en breve tales bríos, y su fama tanta resonancia, que aún á riesgo de pasar por cursi, tengo que apelar á un sobadísimo clisé y decir una vez más que nuestro héroe fué terror de maridos, padres, amantes y hermanos. Desde los veinticinco á los treinta y tres, paseó su fascinación irresistible de un lado á otro, sembrando pasiones y voluptuosidades, remordimientos y desengaños, plantando á la casada por la viuda, á la viuda por la soltera; viviendo en perpetuo cambio de queridas, tan pronto abandonadas como seducidas. Fué, en una palabra, un verdadero Tenorio del siglo XIX, y apostaría cualquier cosa á que el ánimo del insigne burlador sevillano debió desde el otro mundo sentirse poseída de admiración al saber las victorias alcanzadas por su ilustre sucesor. Y como un Tenorio tiene forzosamente que unir, para bien cimentar su nombradía, al prestigio del amor el prestigio de las armas, don Gonzalo consolidó su brillante reputación con tres desafíos á primera sangre.

* * *

Júzguese, dados esos antecedentes, rigurosamente históricos, del asombro que nacería en el espíritu del nuevo don Juan, y de su legítimo despecho, al verse rechazado terminantemente por la Galíndez, á cuyos oídos se había dignado el caballero murmurar uno de los versículos de su repertorio amoroso.

La Galíndez era una tiple de zarzuela, muy salada y muy arisca. De beldades ariscas se reía don Gonzalo, persuadido íntimamente de que no hay fortaleza que resista si la sitia un capitán de su temple. Pero tuvo el terrible galanteador que modificar su opinión, basada en larguísima experiencia, al ver la glacial indiferencia con que la chica acogía sus palabras, sus ofrecimientos y sus promesas. Y creyó caerse de sorpresa y de cólera cuando una noche en el *camerino* de la cantante, ante diez ó doce personas presentes, recibió ella una nueva tentativa de seducción, con un bufido tremendo acompañado de estas palabras:—¡Arre allá, so chinchel!... ¡vaya un tío más pegajoso! ¿no le he dicho ya á usted que no y que no y que no?... pues déjeme tranquila y no me atufe con majaderías...

* * *

—No; lo que es esa mujer no la pescas tú...—decíanle una hora más tarde en el Casino unos amigos á don Gonzalo.

—¿Que no?—replicó sulfurado—mil duros que antes de un mes es mía.

—Van los mil duros.

* * *

Y los ganó el esforzado paladín.

Y fué suya la Galíndez.

Y lo es todavía, y eso que han pasado diez años.

O mejor dicho, él es suyo; porque la tiple se ganó un marido en aquel voluble desfaedor de virtudes. Se hizo conducir al altar, y desde que volvieron de la vicaría á casa no respira el fiero don Gonzalo á menos que su mujer se lo permita.

Pero no le permite ni salir después de cenar (como no sea para acompañarla), ni le deja manejar los fondos, ni le consiente voz ni voto en los asuntos de la casa. Esposo más achicado no le hay en toda la Península, y... no sé si es verdad, pero hay quien asegura que á veces se deja pegar.

JUAN BUSCÓN.





Trouville - sur - Mé

Cuentos populares portugueses

Hoeio de buey

Este era un rey que tenía tres hijos, á quienes dijo un día:

—Hijos míos, id á correr el mundo y el que traiga la mujer más hermosa, aquél me sucederá en el trono.

Partieron todos y los dos mayores no tardaron en encontrar dos jóvenes muy hermosas, con las que se casaron. Una era hija de un panadero y la otra de un herrero.

El más pequeño recorrió muchas tierras sin encontrar mujer que le agradase.

Hallábase un día en un descampado y rendido de fatiga, bajó del caballo y se sentó á la sombra de un árbol, desde donde distinguió una casa situada en una eminencia, que no tenía puerta ninguna y sí solamente una ventana á gran elevación.

Admirándole aquella rareza y rendido además por el cansancio, permaneció allí mucho tiempo, hasta que vió á una vieja ir en dirección al extraño edificio, y llegada á él golpear la pared y decir en voz alta:

Niña de rostro bello,
suelta tu cabello,
que desde abajo, impaciente,
subir quiero de repente.

Entonces salió de la ventana una trenza de cabello de extraordinaria longitud y singular belleza; la vieja se agarró á ella como si fuera una cuerda y subió hasta la ventana penetrando por ella en la casa.

Poco tiempo después volvió á salir, y el hijo menor del rey, deseando saber de quién sería la desmesurada trenza, llegó á su vez hasta el edificio, golpeó la pared y repitió las palabras que poco antes había oído á la misteriosa vieja.

La trenza volvió á salir de la ventana y el joven subió, quedando pasmado al ver ante sí el rostro de mujer más hermoso del mundo, en el cual estaba pintada la mayor aflicción.

—Vete en seguida,—le dijo la hermosa,—mira que puede venir mi madre y que posee medios de causarte mucho daño.

—No me voy si no vienes conmigo, pues me he prendado de tí y quiero hacerte soberana, porque sin duda al verte mi padre, el rey, me nombrará sucesor suyo.

—¡Imposible!

—Si no accedes voy á tirarme por esta ventana.

Bajaron ambos por la pared, valiéndose de una cuerda, y huyeron á toda prisa en el caballo del hijo del rey, que estaba pacienco á la sombra.

Poco, sin embargo, habrían andado cuando oyeron una voz que dijo:

—¡Detente, hija cruel, no me dejes sola en el mundo!

Y como ambos continuaran huyendo, la vieja, que les seguía, añadió:

—Vuelve al menos la cara, para recibir la bendición de tu madre.

Así lo hizo la inexperta joven y entonces la vieja gritó:

—Permita el diablo que tu hermosa cara se convierta en hocico de buey, pérfida Catalina.

Y dicho y hecho: la hermosa cara de Catalina sufrió la horrible transformación.

Apenas llegó el príncipe á la corte, echáronse todos á reír al ver aquella cara tan horrible, ignorando por qué causa se había vuelto la joven tan fea que causaba espanto á quien la miraba. El príncipe contó su desventura á sus hermanos, pero ninguno le dió crédito.

Estaba casi para llegar el día en que los tres hermanos habían de presentar sus mujeres ante toda la corte, para que se decidiese cuál era la más linda y cuál de los esposos había de obtener la corona.

La reina-madre tenía mucha pena al contemplar la desgracia de su hijo predilecto, y quiso demorar la ceremonia para ver si la malvada vieja, amansada con el transcurso del tiempo, perdonaba á la joven y la restituía su antigua hermosura.

Con tal fin, dijo la reina que quería que antes de celebrarse la ceremonia cada una de sus tres nueras la bordase un pañuelo.

La hija del panadero y del herrero no sabían bordar, y trataron de engañar á la reina buscando quien les hiciese su trabajo; la que tenía el hocico de buey echóse á llorar, y tanto lloró que al fin se la presentó la vieja y la dijo:

ALREDEDOR DEL MUNDO



Trouville - sur - Mer

—No llores más, el día en que tengas que entregar el pañuelo á la reina, yo misma vendré á traértelo.

Llegado el día, la vieja cumplió su promesa y dió á su hija una nuez sumamente pequeña. Hocico de buey fué a entregársela á la reina, diciéndola que allí estaba su trabajo, y al abrir aquélla la nuez, quedó pasmada al ver un finísimo y diminuto pañuelo bordado con flores, ramas, aves y todo.

Llegó al fin el día en que las tres nueras del rey tenían que presentarse en la corte, y Hocico de buey echóse á llorar de nuevo y estuvo vertiendo llanto hasta que se la volvió á presentar la vieja, su madre, y la dijo:

—No llores más, aquí te traigo un vestido para que lo luzcas en la fiesta.

Desdoblólo y vió que era todo bordado de oro y pedrerías.

La joven se lo puso; pero la belleza del vestido aumentaba la fealdad de la cara de ella, que volvió á romper á llorar cada vez más.

Todos habían entrado ya en la sala del palacio y sólo faltaba ella, que permaneció en su cuarto hasta que la vieja la dijo:

—Anda, que te esperan.

La pobre muchacha obedeció, pero iba muy triste al considerar lo horrible que estaba.

Al llegar al corredor que conducía al salón en que debía celebrarse la ceremonia, la madre gritó desde lejos: — Mira hacia atrás. Y apenas la hija volvió la cara, añadió:

— Recobra tu hermosura, pero no te olvides de echarte en la manga todos los pedacitos de tocino que puedas coger, para dármelos.

La joven recobró su belleza y entró en la sala del brazo de su marido, dejando admirados á todos.

La corte entera reconoció que ella era la más linda, y desde allí pasaron todos al comedor y se sentaron á la mesa para celebrar el banquete.

Durante la comida, la joven no hacía más que meterse pedacitos de tocino en las mangas del vestido, y las otras mujeres de los príncipes, al verla hacer aquéllo, la imitaron pensando que acaso sería moda.

Cuando acabó la comida comenzó el baile y la reina, al ver el pavimento lleno de grasa y al observar que á cada paso se escurría los pies en los pedazos de tocino, preguntó quién había hecho semejante porquería.

Las mujeres de los hermanos del príncipe contestaron que habían visto guardarse los pedazos de tocino en la manga á la princesa heredera y que habían hecho lo mismo. Entonces cada una se sacudió las mangas de los vestidos y de las de Catalina cayeron aljófares y diamantes mezclados con flores.

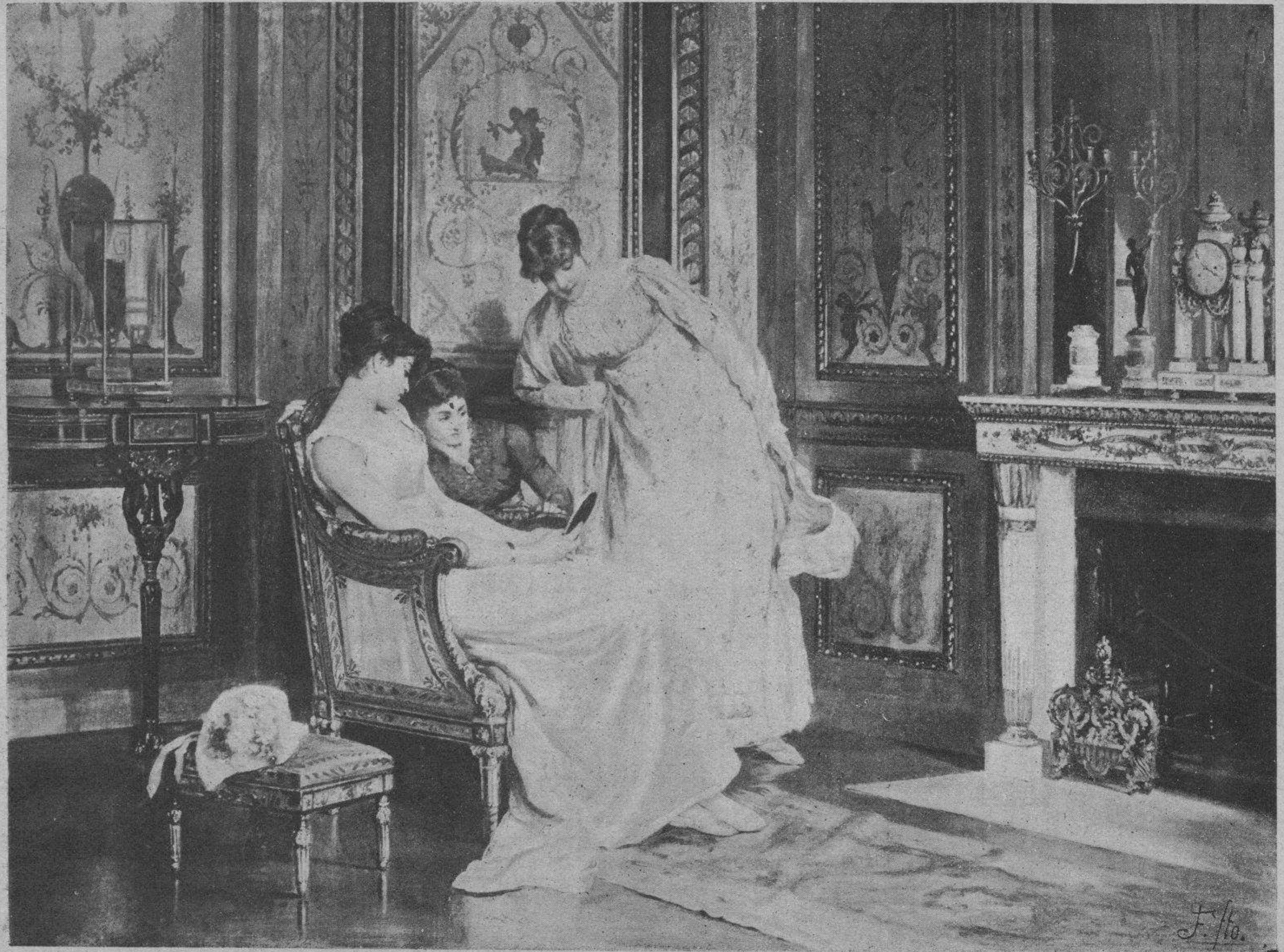
Las otras dos, corridas y avergonzadas, huyeron de la sala, y la que habían llamado Hocico de buey llegó á ser la reina, pues el monarca entregó la corona á su hijo menor.

TEÓFILO DE BRAGA.

BOUGUEREAU



El desayuno



El retrato

No hay dicha en la tierra

De niño, en el vano aliño
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.

Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desveía,

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?*

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.

Si en la estación más florida

No hay mal que al alma no duela,

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?*

La paz con ansia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

KARL GAMPEURIEDER



El té

MUNIER



Comunistas



TIPOS ESPAÑOLES. — Del Perché

La cita

Las sombras del ambiente,
iban desapareciendo lentamente;
cuando la noche al día,
perezosa, su paso le cedía.

I

Lo que un momento antes
invisible se hallaba en la negrura
los mil rasgos variantes,
tomaba de la forma y la figura.
Borrosos edificios,
árboles, que fantasmas parecían,
lóbregos precipicios,
ya claros y distintos se veían.
El mundo, de la nada
había, por sí sólo, Dios formado;

mas, para hacer aquella madrugada,
vióse de tu concurso precisado.
Tú le ayudáste á Dios, á hacer el día,
¡el día peregrino!
que luces y fragancias despedía,
de profano y divino.
De la sensualidad, con que se viste
el carnal apetito,
á la naciente aurora, tú le diste
el hálito bendito.

II

A los tenues reflejos
del sol, arrebuja
en las tupidas blondas, desde lejos
te ví venir, temblando, acongojada



A. TORIJAN F. O.
VIGORIO-2-BARRIA

TIPOS ESPAÑOLES. — De Triana

Cuando tu mano breve,
entre las mías estreché, ¡Dios mío!
tú, toda fuego, ¡condensada en nieve!
yo, todo llama, ¡disipado en frío!

Tanto te recelabas
de algún peligro cierto,
que, en la cara llevabas
la palidez del muerto.
Y tu mirada inquieta
le daba á la pupila el movimiento,
que imprime á la veleta,
el impulso del viento.

La culpa motivando tus sonrojos.
—Que me siguen, digiste,
—No lo creas;
son pueriles antojos de tus ojos;
y nada has de temer mientras me veas.

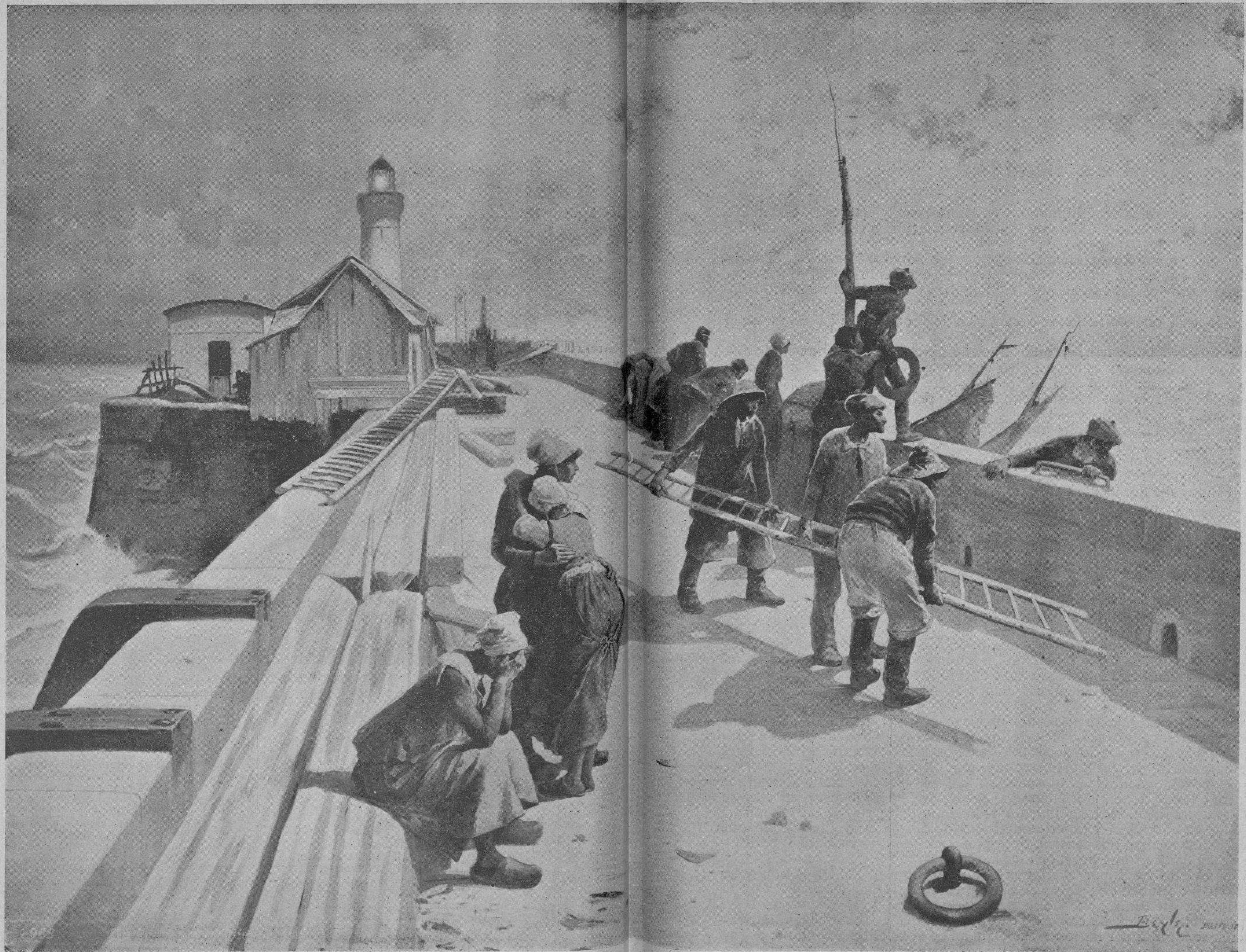
III

Al cercano carruaje,
más bien nos deslizamos, que subimos;
y un prólogo al viaje
con un inmenso abrazo le pusimos.

Te dije que la gloria está en la tierra;
y es el cielo un tormento,
si castidad y amor luchan en guerra,
con encarnizamiento.
Sintiendo la violenta sacudida
de amorosos excesos;
te levantaste erguida,
y caíste al disparo de mis besos.

De tu hermosa caída el golpe rudo
en el alma resuena.
¡Todos lo ignorarán! El coche, mudo,
no podrá referir aquella escena.

PEDRO GAY.



Un salvamento en Dieppe



Las narices

Buscad imperfecciones en el cuerpo humano, y os desafío, caros lectores, á que halléis una que os produzca el efecto de cualquiera de las que se relacionan con este órgano del olfato y de la respiración.

Lord Byron era cojo, corcovado Alarcón, Camoens tuerto, manco Cervantes. Encontradme en la historia una de esas figuras sobresalientes que haya sido chata. Imposible. La naturaleza, inspiradora del arte, se ha abstenido de dar genio á quien no se le puede levantar estatuas.

Dejando aparte lo que este cartílago representa en la fisonomía, id observando la importancia que tiene en el orden moral.

Se trata de un hombre bonachón, y donde digo hombre no se crea que eludo á la mitad hermosa del género humano; es que empleo una voz genérica; me refiero al hombre de ambos sexos. Más claro; hablo del hombre que abraza á la mujer. Pues bien: al sér infeliz que tiene la desgracia de carecer de entereza, no se le juzga por su carácter; se le lleva por las narices.

Hoy se mide todo, basta lo impalpable; ahí tenéis sino el dinamómetro para graduar la fuerza, el gasómetro para contaros la luz, el cronómetro que sujeta al tiempo; nadie, sin embargo, ha descubierto el modo de apreciar la inteligencia, y no obstante, todos llevamos en la cara el aparato regulador. La mecánica nasal os demuestra que un hombre de pocas luces no ve más allá de sus narices.

¿Y dónde me dejáis la dignidad, el amor propio de tan sensible órgano? Herid al hombre en la fibra más delicada, usad contra él la diatriba, la calumnia: para todo vendrá en su auxilio la reflexión; pero decidle algo en sus narices y ya no será dueño de sí mismo.

Hay más; las narices son la fisonomía entera del individuo. Cuando nos disfrazamos, no se nos ocurre que puedan conocernos por los ojos y los dejamos que se asomen tranquilamente por los agujeros de la careta. El antifaz tampoco se cuida de la boca; en cambio, os parapetáis detrás de unas narices postizas, y hasta los acreedores pasarán junto á vosotros sin molestaros.

La prominencia en cuestión es el resumen, la síntesis de nuestras condiciones esenciales; la lengua castellana así lo ha comprendido, y ha inventado locuciones que de un sólo trazo definen una situación. ¿Qué fiasco, qué derrota vergonzosa podrá expresarse con más energía y concisión que diciendo: Fulano, se ha quedado con un palmo de narices?

¡Cuánto detalle no necesitó la prensa para explicar la caída del duque de Orleans desde su coche; la posición en que el acróbata Horward midió el circo al desprenderse del trapecio ó el resbalón de Pepete al dejar la vida en las astas del toro Jocinero! Pues decid que uno se ha caído de narices y todos tendrán una idea perfecta del cuadro.

Por supuesto, que aun cuando los filósofos no se han cuidado, como debían, de tomarlas por centro de un sistema, la humanidad no deja de tener puestos en ellas su orgullo y su tantico de vanidad. Os magulláis un dedo con una puerta, os cae esa misma ú otra puerta sobre el occipucio, y experimentáis un dolor material y localizado que desaparece con el menor recurso terapéutico. Pero ¡qué amargura no traspasa el pericardio del mortal á quien dan con una puerta en las narices!

Andanse devanando los sesos por averiguar en qué región residen ciertas facultades del hombre, que yo no titubeo en colocar en el tubo respiratorio. Y efectivamente, se necesita una ignorancia sin límites de nuestra lengua ó un desprecio sistemático hacia nuestras frases proverbiales, para no convenir en que la previsión, la cautela, el raciocinio y la observación se aspiran por las fosas ó se incuban en el pabellón del olfato, puesto que cuando uno se ha librado de algún riesgo ó ve realizada alguna profecía, por cada vez que dice:—¡Qué talento el mío!—dirá cincuenta:—¡Qué nariz tengo!

GIRARD



Al servicio del Faro

En fin; un hombre sin narices ya no es un hombre: es un chato.

Y ¡qué imperio el que ejercen sobre nosotros!

El deseo aguijoneando la voluntad hace que ésta ponga en movimiento las piernas, esos desventurados mozos de cordel de nuestra economía, condenados á cargar perpetuamente con el individuo. Os halláis paseando dando placer á los ojos, solaz al espíritu y salud al cuerpo; de repente hiere vuestro olfato un miasma fétido exhalado por aguas cenagosas, y la voluntad, las piernas y el fardo toman distinta dirección, porque á la centinela avanzada se le ha ocurrido gritar:—Atrás, paisano.

Lo mismo digo de los manjares; bien pueden recrearse vuestros sentidos en el plato más apetitoso, que no lo probaréis como antes no lo hayan sancionado vuestras narices. Y aun tengo para mí que el paladar no existe en absoluto, sino que comparte su imperio con su vecino el olfato: y á las pruebas me remito. ¿Qué hacéis cuando tenéis que tragar una poción farmacéutica para que no os repugne? Os tapáis las narices.

Es preciso estar muy bien con éstas señoras y evitarles la menor contrariedad, pues no parece sino que los miembros restantes sean sus vasallos, obligados á defenderlas de cuanto las disguste; y hasta la naturaleza las ha colocado de modo que el hombre puede decirse que tiene puestos los ojos sobre ellas.

¿Qué creéis vosotros que es la temeridad? Pues no es sino el valor descartado de la prudencia; la irreflexión afrontando los mayores peligros sin reparar en los resultados. ¿Y de dónde suponéis que emana? Pues no es del organismo moral, sino de una alteración de los músculos nasales. Y siguiendo en progresión ascendente, me atrevería á afirmar

BOUGUEREAU



Inocencia

que las revoluciones provienen de la membrana mucosa de los pueblos, pues una revolución, cuyo éxito es siempre dudoso, no es otra cosa que la temeridad de un pueblo á quien se le han hinchado las narices.

Recuerdo de un amigo mío, excelente sujeto, que hacía vida común con un su compañero de colegio á quien le permitía todo género de libertades. Le montaba sus caballos, se le montaba en las rodillas, en la espalda; pues después de veinte años de mancomunidad riñó con él para siempre porque un día se le montó en las narices.

Y ahora me viene á las mientes un cuentecillo que os voy á referir, porque prueba que, á pesar de su autocracia, las narices no dejan de prestar su ayuda y protección á los demás órganos; aunque tengo para mí que más lo hacen por egoísmo que por caridad, pues á fuer de sensibles participan del instinto de conservación.

Un chato—observad que no hay para qué decir un hombre—pasando por una calle dió limosna á un mendigo.

—Santa Lucía le conserve á usted la vista—dijo el pobre besando la moneda.

—¿Y por qué ha de preferir usted la vista á otro cualquier sentido?—interpeló el transeunte.

—Porque si se quedara usted miope, no tendría usted donde colocarse los anteojos.

Es evidente que las narices son el objetivo de nuestros cuidados más solícitos. Cuando entramos á obscuras en alguna parte extendemos los brazos y bajamos la cabeza, dando menos importancia á triturnarnos una mano, ó á aplastarnos los sesos, que á que sufra deterioro nuestro botalón de proa.

Si es la industria, ¡cuántas invenciones no ha llevado á cabo, así para su higiene como para su recreo y adorno! Hablen por mí las bufandas y las pieles preservadoras

del frío; las esencias de los laboratorios de *Pinaud* y de *Violet*; el rapé de Kentucky y las joyas con que las engalanan los pueblos de que Europa ha recibido la civilización.

Hasta los gobiernos se han conmovido ante la importancia que en la vida de los Estados tienen las narices, y ahí ven ustedes á los municipios evitando, con reglamentos de policía urbana, los malos olores y canalizando las ciudades para librar al olfato de las emanaciones de las aguas sucias, mientras que por las leyes de sanidad, los buques y las mercancías son fumigados á su arribo de un país en que reina una epidemia.

Ellas son la última trinchera de la vida. La existencia se agarra á su protuberancia como á un áncora de salvación, y no veréis á un médico dar por muerto á su cliente hasta que se le han enfriado las narices.

Como rasgo fisonómico, no sólo es el más saliente, sino el que acusa el carácter de la persona. La meditación y el estudio se traducen por la inclinación del cartilago hacia la boca, y se explica por los tirones que en los momentos de abstracción le da el que se consagra á trabajos mentales, y que por lo generalizado del movimiento me hace sospechar si la inspiración no es algo que se ordeña de las narices.

El atrevimiento, por el contrario, se presenta con la nariz levantada, como quien busca el peligro por el olfato, y, dispuesto á la lucha, se remanga para tener más expeditas las articulaciones.

Las hay hipócritas, que fijan la atención del que las observa hacia el lado á que se inclinan, mientras que por el opuesto ejercen cautelosamente sus funciones.

Todo, todo les está supeditado. La pertinacia más fuerte prescinde de un capricho cuando la reflexión viene á demostrarle que de satisfacerlo puede seguirse algún perjuicio; pero ¿quién convence á la persona á quien se le pone una cosa en las narices?

Por ellas se han distinguido muchas razas. La nariz griega del Apolo y el Antinoo no es la nariz romana de los Césares y de Cicerón. Las hordas de Atila se aplastaban las suyas con tiras de lienzo para darles la apariencia del tipo mongólico.

Y como con los cuentos sucede lo que con las cerezas, que no se puede tirar de una sin que se venga otra detrás, van á permitirme mis lectores que termine esta excursión humorística con una anécdota que no por lo sencilla deja de tener un gran alcance y hablar más alto en favor de la causa que defendiendo, que cuanto mi pobre imaginación pudiera sugerirme.

Una señora, madre de un querubín de cinco años, tan hermoso como inocente y tan temible como la verdad, de la que parecen ser representantes únicos en la tierra los angelitos de su especie, toma á su niño en sus rodillas y le dice:

—Hijo mío: mañana viene á comer con nosotros la señora de García.

—¿La señora de García?—repite el nene con esa media lengua, patrimonio de la edad cándida.

—Sí, una amiga de mamá.

—No sé ten es.

—Tú no la conoces aún—prosigue la madre—y por eso mismo te voy á hacer una advertencia.

—Dí, mamá.

—Pues bien; es preciso que delante de ella guardes la mayor compostura y tengas mucho juicio. Sobre todo cuidadito con lo que me hablas, porque si llegas á decir la menor cosa sobre sus narices, te llevas una zurra como para tí.

El niño promete ser prudente. Llega el día del convite y la señora de García se sienta á la mesa.

Inútil es consignar que los ojos del niño no se quitaron de la cara de la señora mientras duró la comida.

Por fin llegaron los postres, y viendo el tierno infante que la familiaridad de los grandes se acentuaba, creyó poder dar rienda suelta á su expansión cohibida por las amenazas maternas de la víspera.

—Mamá—dijo al fin aprovechando una pausa de semifusa, que es la mayor que se permiten las mujeres cuando hablan.

—¿Qué quieres, amor mío?

—¿Por qué me has prohibido que hable de las narices de esta señora? Si no tiene...

Y en efecto, la infeliz era chata.

ENRIQUE GASPAR.





Lectura interesante

Los enterados

No hay motivo para echarlos á presidio, ni siquiera para hacerles recorrer la Península entre parejas de la benemérita guardia civil. Son, en su mayoría, personas honradas, incapaces de causar, materialmente, un perjuicio al prójimo.

Pero es lo cierto que, sin conciencia de sus actos, muchas veces llegan hasta trastornar el orden público, después de haber perturbado el de unas cuantas familias y de haber aburrido á media humanidad.

A un hombre *enterado* no debe usted, querido lector, confundirle con un embustero, no señor. *El enterado* no mide el alcance de sus palabras, no calcula las consecuencias que puede traer consigo una afirmación hecha sin más afán, objeto ni propósito, que el de adquirir ó conservar el buen nombre de *persona enterada*.

Y aun muchas veces sucede que estos individuos no se fijan siquiera en el juicio que puedan formar de ellos sus contemporáneos.

Hemos dicho que *los enterados* no son embusteros y, sin embargo, mienten, y mienten mucho y en todas ocasiones y con facilidad.

Jamás *el hombre enterado* se propone difamar á sus semejantes, ni propalar calumnias. Si se le explicase el perjuicio que con su modo de obrar puede causar á un prójimo, *el enterado* cerraría con horror los ojos... para abrirlos un poco después y negar, fundado en sus buenos informes, la posibilidad de tales perjuicios.

Por lo general, nuestro tipo es un poco vanidoso; pero su vanidad no se funda en su figura, en su posición social, en sus condiciones de inteligencia y talento; muy lejos de eso. Su vanidad estriba única y exclusivamente en la exactitud, precisión y minuciosidad de sus informes; en la seguridad con que pueden acogerse sus noticias; en el amplio conocimiento que tiene de cuanto ocurre en la localidad.

Hay que advertir que *los enterados* son las personas más infelices, más crédulas y más fáciles de engañar que hay en el mundo.

Y son, además, casi las últimas que tienen noticia de lo que ocurre.

Sin embargo de esto, siempre aparecen como las primeras personas que se aperciben de los hechos. Cuando refieren algún sucedido, que acaban de oír en la calle inmediata, añaden de su cosecha detalles y minuciosidades que dan cierto carácter de verdad á lo que el enterado dice.

Trátase de un homicidio ó de un asesinato: pues bien, *el hombre bien enterado* sabe que la navaja con que se perpetró el crimen era de esas de tres ó cuatro docenas de muelles y el delincuente la había comprado en el bazar de *Los dos amigos*.

Cuando ocurrieron las tentativas de regicidio, nuestro héroe (que no tenía más noticias que las que le proporcionaba *La Correspondencia*, leída de gorra en la tienda de algún amigo), refería á sus amigos los hechos todos con tal lujo de detalles, que los cándidos creyeron, como artículo de fe, cuanto les dijo.

El está *enterado* de los secretos móviles á que obedeció el *cambio* del 8 de Febrero; no ignora ni una sílaba de las notas referentes á lo de Saida; sabe lo mismo que si á él le hubiera ocurrido, lo que le pasó á don Carlos en casa de las húngaras, etc., etc.

Si es de crónica local, ¡Dios te libre, paciente lector, de que te tome por su cuenta! pues él sabe al pelo qué clase de vida tú haces, qué comes y en qué gastas y cómo y cuánto ganas al año.

El fué el primero que supo las relaciones de la mujer de P. con el capitán L.; nadie como él sabe lo que ocurrió en casa de B. cuando supo su celosa esposa que él había regalado á la bailarina un collar de abalorio.

En cuanto dice no hay una palabra de verdad; ni una: todo es inventado, aderezado y añadido por *el enterado*, que, para no perder su buena fama, quiere saber más que todos, con más pelos y señales.

Y cuide usted de no desmentirle, ni siquiera de poner en duda lo que, con tono de profunda convicción, afirma *el enterado*.

Porque él replicará con acrimonia:

—¡Si no lo sabré yo! ¡Si querrá usted decírmelo á mí! ¡A buena parte viene!

Y si la noticia es de sensación, arqueando las cejas, con acento de persona de importancia, dirá lanzando una mirada de desdén sobre sus interlocutores:

¡No lo duden ustedes! ¡Lo sé de buena tinta! ¡Bebo en buenas fuentes!

Estas son frases sacramentales que *el enterado* pronuncia aun tratándose de asuntos cuya noticia acaba de llegar á sus oídos en el momento mismo en que de la cuestión se hablaba.

Y así se trate de la vida privada, de la honra de una mujer, víctima de la calumnia, *el enterado* añade por su propia cuenta algún detalle, aunque de mayor gravedad á los dichos del vulgo.

Y no es esto todo lo peor, sino que hay siempre un círculo de estúpidos que, cuando quieren saber algo acuden al *enterado*, cuyas palabras son para ellos evangelios.

Y el dicho circula, y la mentira se propala, y la calumnia, como la bola de nieve, se va agrandando al correr de boca en boca.

Pregunta, lector paciente, á alguno de esos necios, si le consta la certeza de lo que afirma, y él te contestará:

—¡Oh! Es indudable. Lo dice don Fulano, y él está *perfectamente enterado*.

AURELIANO J. PEREIRA.



Cantares populares

Dicen que me quieres mucho
es mentira que me engañas,
en un pecho tan pequeño
no pueden caber dos almas.

Contrabandista valiente,
¿qué tienes, que tanto lloras?
—Se me ha muerto mi serrana
se me acabaron las glorias.—

Gracias á Dios que he llegado
á declarar mi pasión,
á una niña tan hermosa
como los rayos del sol.

En la capilla del Rey
me quisieron dar por muerto,
y me salvó de tal trance
el cariño que te tengo.

Te daré porque me des
de tu linda boca un sí,
las alfombras de Turquía
y el oro del Potosí.

Dentro de mi pecho tengo
un canutito de plata,
y dentro del canutito
mi desgracia que me mata.

María, paloma mía,
yo tan solo soy del Rey,
y tú, María, eres mía
porque lo manda la ley.

Cuando se murió mi madre
si me hubiera muerto yo,
algo más afortunada
sería de lo que soy.

María de los Dolores,
se llama la prenda mía,
María de los dolores
que me matan noche y día.

Yo sembré en una maceta
la semilla del quebranto,
con lágrimas la regué,
y el árbol nació llorando.

J. ROUGERON



Danza de gitanas

GOUPIL



La salida del Hospital



Manuel Fernández Caballero

Manuel Fernández Caballero, nació en Murcia en 14 de Marzo de 1835. Comenzó el estudio de la música muy niño todavía, bajo la dirección de su cuñado Julián Gil, notable violinista, siendo su principal maestro José Calvo, compositor distinguido. Empezó á cantar como tiple desde la edad de cinco años en la capilla de Madres Agustinas, y á estudiar el piano, el violín y el flautín, y á la de siete tocaba en la orquesta del teatro y en la banda municipal. Contaba diez años cuando fué llevado á Madrid por su madre y por otro cuñado suyo, Salvador Palarón, notable profesor de música, que desde entonces dirigió la educación artística de Fernández Caballero. De regreso en Murcia, figuró entre los niños discípulos de Julián Gil y José Calvo, que representaron la ópera *Norma*, en la que se le confió la parte de *Polión*. Sin necesidad de maestro aprendió el cornetín, el fígle, el oboe, la trompa, etc., instrumentos que, como el violin y el flautín, tocaba en la orquesta y en la banda siempre que era necesario. Desde los doce años compuso algunas obras religiosas, marchas, pasos dobles, polcas, valeses, danzas y arreglos de las piezas de óperas, ya para bandas, ya para orquesta. A los quince años marchó de nuevo á Madrid; ingresó en el Conservatorio y obtuvo el primer premio de composición en los concursos públicos de este establecimiento en 1856. Tres años antes había tomado parte (1853) en las oposiciones á la plaza de maestro de capilla de Santiago de Cuba, y en la propuesta ocupó el primer lugar por voto unánime de los jueces; pero no se le concedió la plaza porque se descubrió que no tenía la edad exigida, que era la de veinte años. Desde su llegada á Madrid fué admitido como primer violín en la orquesta del teatro Real; á los diez y ocho años de edad era director de orquesta en el teatro de Variedades. Dirigió luego las orquestas de los teatros Lope de Vega, Circo y Español, sucesivamente, y escribió muchas canciones, coros y bailes para los dramas y comedias que se representaban en dichos teatros. En el de Lope de Vega logró ver estrenada (1854) su primera zarzuela *Tres madres para una hija*, que alcanzó un favorable éxito, pero no le dió su nombre. Hasta el año 1864 compuso más de treinta zarzuelas en uno, dos y tres actos; un *Oficio de difuntos* á la memoria de su hermana, esposa de Julián Gil, y otras dos obras menos importantes. Embarcóse en aquel año para dirigir en Cuba una compañía de zarzuela, y mientras permaneció en aquella isla organizó grandes conciertos íntimos, muy elogiados por la prensa, celebrados en las casas de sus discípulos y en los que sólo tomaban parte éstos últimos. De vuelta en Madrid necesitó vencer grandes dificultades que le oponían los que le juzgaban incapaz de escribir nuevas obras; aceptó el libreto de *El primer*

día feliz; compuso en poco más de un mes la música para el mismo, y el triunfo ruidosísimo que alcanzó el día del estreno (31 de Enero de 1872) en el teatro de la Zarzuela, seguido de otros éxitos iguales en provincias, y especialmente en Barcelona, donde escribió la sinfonía, que por la premura del tiempo no pudo escribir en Madrid, afirmaron para siempre su reputación de compositor inspirado. Posteriormente aumentó su fama con nuevas obras, y hoy pasan de 180 el número de sus zarzuelas, escritas algunas en colaboración con otros maestros. En 1884 estuvo en Lisboa, donde se representaron con gran aplauso muchas de sus producciones, y fué nombrado caballero de la Orden de Cristo. Trasladóse en 1885 á las Repúblicas americanas para dirigir algunas de sus obras, desconocidas en aquellos países, y tanto en Buenos-Aires como en Montevideo fué aclamado por el público. Hoy vive en Madrid respetado por todos los admiradores del arte.

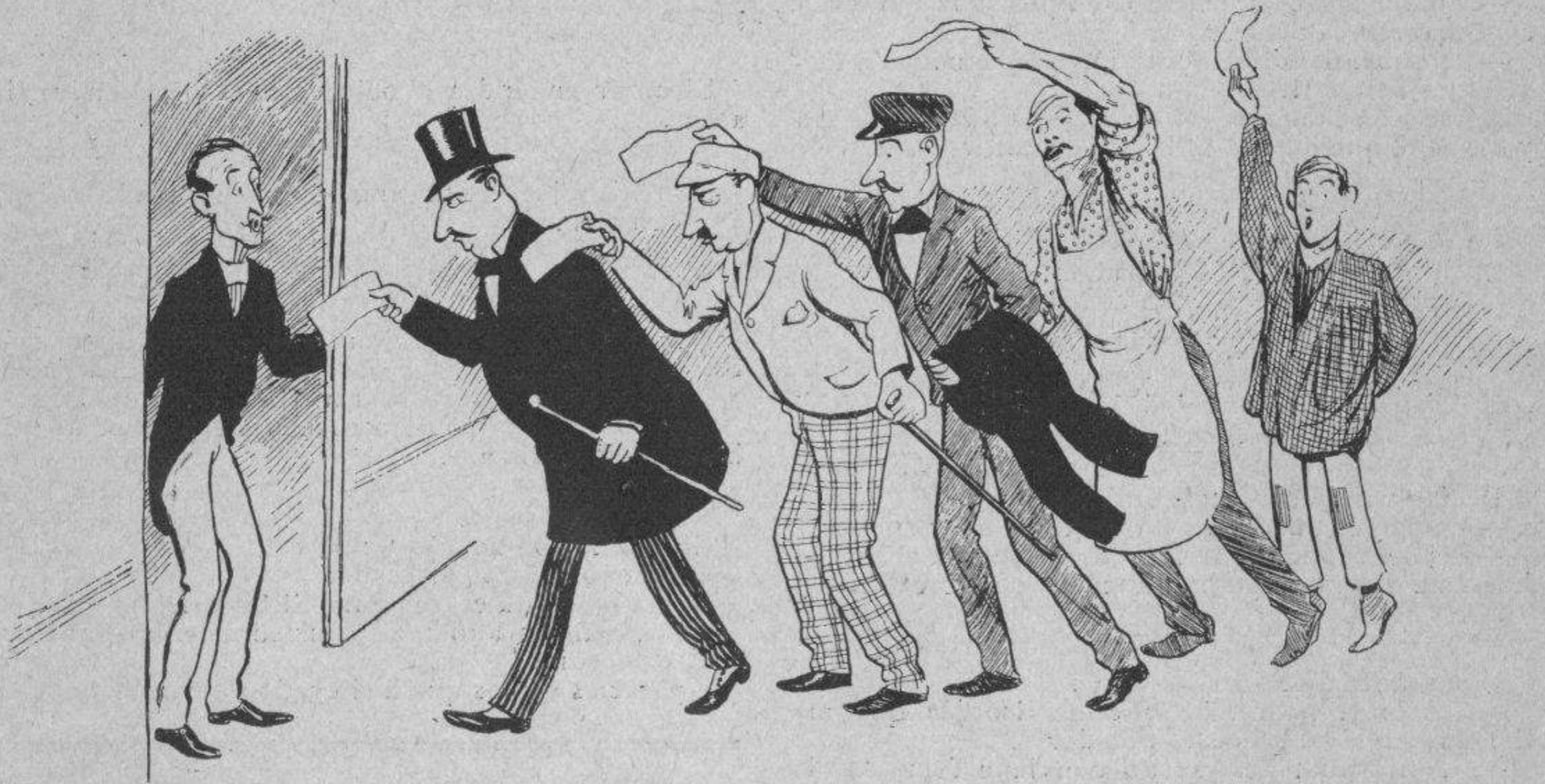
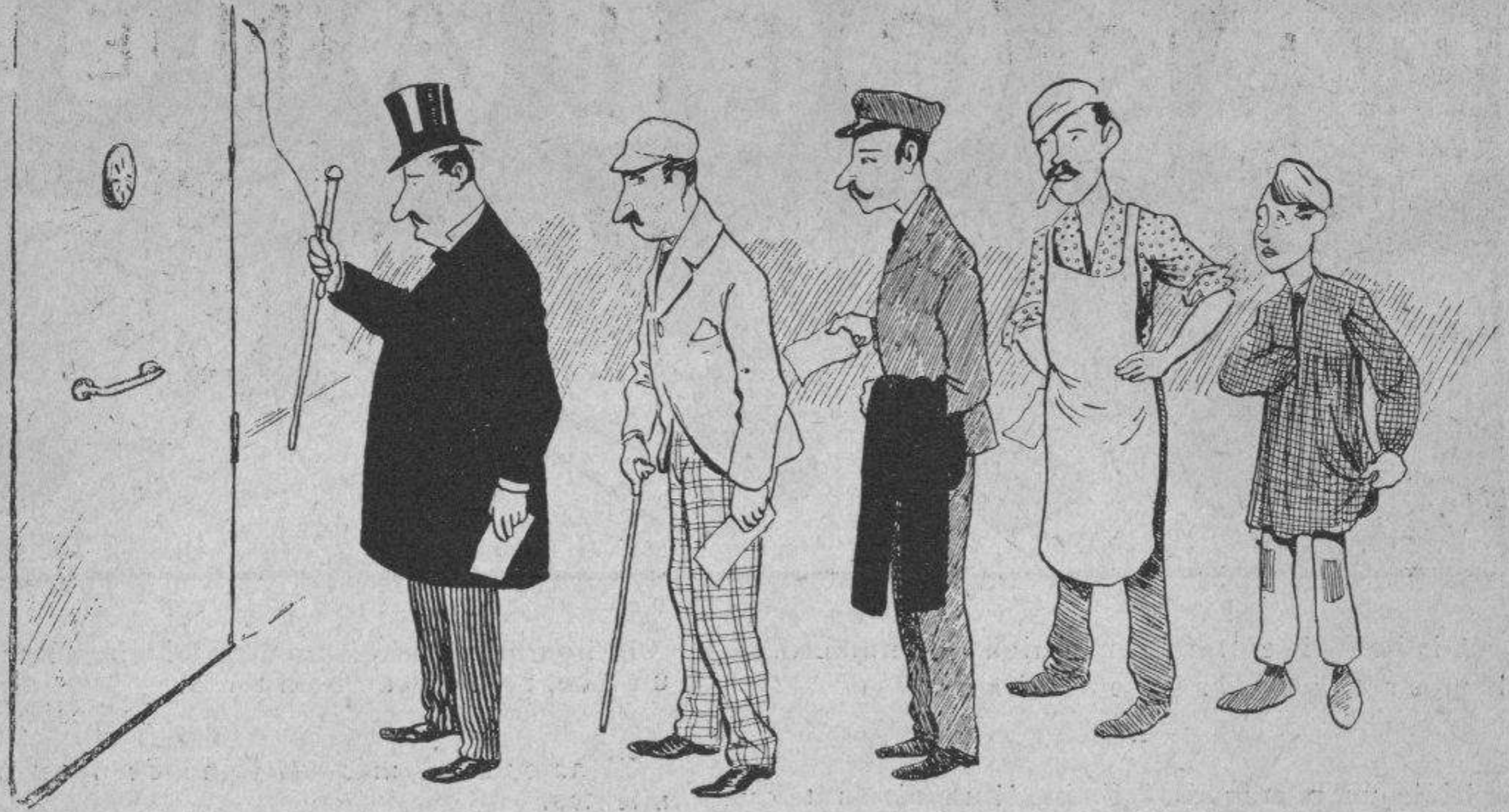
Murcia ha esculpido en mármol el nombre de Fernández Caballero, colocándolo en la plaza donde nació el artista, á la que ha dado nombre, asistiendo con el Ayuntamiento muchas comisiones, las músicas de la ciudad y el pueblo en masa al acto de colocar la lápida.

En el Escorial se estrenó (1861) la zarzuela de Caballero titulada *Un embargo*; en el teatro Tacón, en la Habana, en 1865, la titulada *Tres para dos...*; en el de Pignatelli, en Zaragoza (1879), *La jota aragonesa*, y en el Principal, de Barcelona (1890), la que lleva el título de *España*. Sus demás obras se han estrenado en Madrid.

«Caballero, dice Peña y Goñi en su obra titulada *La ópera española*, es músico profundo, y conocedor, como el que más, de los secretos técnicos del arte. Aplausos ha obtenido, grandes y unánimes, en su larga y fructuosa carrera. Sus obras contienen, generalmente, méritos extraordinarios. Caballero es de los que con más éxito ha cultivado el canto popular, dándole importancia excepcional y tratándolo como nervio y vida de nuestra ópera cómica. Su ciencia profunda le ha permitido agrandar el cuadro del canto popular y esparcir su imaginación en su riqueza y desarrollo, merced á los alicientes del arte moderno, cuya intervención ha sido para el maestro poderosa ayuda. *El salto del pasiego*, libreto póstumo de Eguílaz es, en mi concepto, la obra que revela más que otra alguna el aliento vigoroso, el estro varonil y la paleta rica de colores de Manuel Fernández Caballero. El elemento popular y dramático tienen en esta zarzuela capital importancia, se disputan entre sí el predominio del interés escénico.

Ambos están tratados de un modo magistral, ostentando una variedad de matices, una energía, una belleza digna por todos conceptos de la alta reputación que rodea al maestro.»

RÉCETA CONTRA LOS INGLESES, POR XAUDARÓ



Xaudaró



A la hora de entrar en máquina este número, no hemos recibido el artículo de *Clarín*.



Dióle un portugués á Felipe II un diamante que le había costado setenta mil ducados; y diciendo Su Majestad:

—¿Qué pensabais cuando empleásteis tan gran cantidad en esa piedra?

—Pensaba, Señor, respondió, que reinaba en España un Felipe II.

Agradóle de tal modo á Su Majestad la discreción y despejo, que mandó se le pagase con ventaja.



En una visita.

La niña de la casa, á su padre:

—Papá ¿cuál es la sobrina de este caballero?

—Pero, Matildita, si este caballero no tiene sobrinas.

—Entonces ¿por qué le decías á mamá que era un tío?



Decía un sujeto á cierto amigo pobre:

—Me parece que llevas un pantalón muy corto.

—Déjale, replicó aquél; que antes de que yo pueda hacerme otro, tiempo habrá tenido para crecer.



Una señora dice á su confesor:

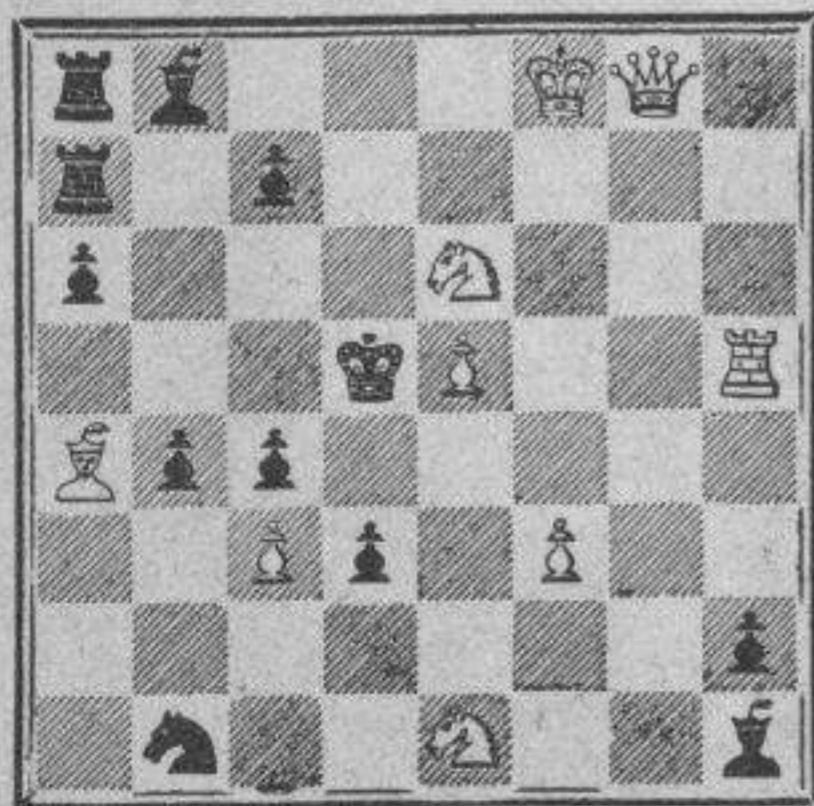
—Acúsome, padre, de que me lisonjea que me llamen hermosa. ¿Es esto pecado?

—Sí, hija mía; porque no conviene fomentar la mentira.



Problema de ajedrez núm. 5, por V. MARÍN (Barcelona)

Negras (12)



Blancas (9)

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución del problema núm. 4. — 1 R X P —
A 1 R †; 2 R 5 C — T X C † ó A 7 D; 3 C ó D ††.

El hombre sensato puede estar enamorado como un loco, pero no como un tonto.

La Rochefoucauld.

El amor es el más matutino de nuestros sentimientos.

En amor, cuando dos ojos se encuentran, se tutean.

A. Karr.

El amor engendra el ocio, y el ocio engendra el amor.

Balzac.

No te lisonjees de ser amado por la mujer á quien ames en demasía.

Pitágoras.



Dos ladrones poseían gran cantidad de objetos robados y buscaban una persona que se los guardase.

—Tal vez nos los guardaría Antonio, dijo el uno.

—Antonio, replicó el otro con desprecio, no es hombre de confianza.



En la estación del Norte:

Una señora á un empleado:

—¿Ha salido ya el tren para El Escorial?

—No, señora; aun tendrá usted que esperar dos horas y media.

—¡Gracias á Dios que he llegado á tiempo!

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR

V. SUÁREZ CASAN

PROPIETARIO

PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado